

La consigna de la España oficial. ("La Publicidad", Barcelona, 2
julio 1918).

5-257



"¡Aquí no hay más problema que el de las subsistencias!" rugen o aullan esos desgraciados que como no sienten su propia dignidad de hombres, tampoco sienten la dignidad humana de lo que debiera ser patria.

La cuestión para los aliados es resistir, es ir resistiendo mientras van llegando los americanos de quienes espera hoy su liberación. Europa, esta Europa que en espíritu había emigrado a América huyendo del espíritu asiático, panteístico, imperialista. Porque la lucha es entre el espíritu de Asia y el de Europa; es la misma lucha de Grecia contra el Imperio de los persas antiguo, siglos hace.

La cuestión para los aliados es resistir. Y para Alemania misma, aunque parece agredir y ofender, la cuestión es resistir; resistir sobre todo la presión interior, resistir el espíritu de libertad. Y para nuestros trogloditas la cuestión es también resistir. Y España resiste. ¿Qué es lo que resiste España?

España, sorda, ciega, muda y perlática, resiste aguantando todo género de afrentas y de agravios. ¿Qué resiste? ¿Qué aguarda? Sí, ¿qué es lo que resiste esta España oficial "austriacante"? Porque la España oficial es hoy, por un caso de atavismo, austriacante. No es tanto germanófila cuanto austriacante. Y hasta no falta acaso quien sueña en un Imperio español federalista, en una monarquía dual o trial o cuaternal al modo del corrompido y corruptor Imperio austro-húngaro.

La consigna de la España oficial, habsburgiana, es resistir. Para resistir se formó este Gabinete—Gabinete más que Gobierno—de concentración dinástica o habsburgiana que empezó transigiendo con los elementos aparentemente revolucionarios. Y aun pretende atraérselos. El Maese Pedro de esta España habsburgiana, el fúnebre conde de Romanones, ha hablado ya de la conveniencia de que los socialistas lleguen a entrar en algún Gabinete. Gabinete, no Gobierno. Ese Conde, el más servil de los cortesanos, se prepara a una labor demagógica, no democrática.

La labor del fúnebre Maese Pedro de esta oficial España habsburgiana ha sido siempre más demagógica que democrática. Su trabajo, como consejero secreto de la Corte—"Geheimer Hofrat"—no ha sido llevar la monarquía al pueblo, sino llevar al pueblo a la monarquía, no que el Rey oyera—y oyera de verdad, callando mientras oye—al pueblo, sino que el pueblo viese al Rey cuando éste se dignaba pasearse entre la plebe. Labor demagógica, no democrática, de ese consejero fueron aquellas sórdidas colaboraciones de que habló Maura, este mismo Maura, el oso de la austeridad ciudadana, que ahora prendido por una cadenilla de la nariz baila delante del desvenecado escaño,

que es el trono, al son del pandero que toca el Conde Gitano. Porque esas sórdidas colaboraciones no tenían ni tienen nada de democráticas; no son más que demagógicas. Demagogía es conducción del pueblo, democracia es gobierno del pueblo. Un Gobierno puede llegar a ser populachero sin ser popular y puede llegar a ser popular sin ser público. Nada más popular en ciertos casos que un Emperador. Los emperadores romanos, execrables déspotas y tiranos, eran populares pues daban pan y circo al pueblo. Felipe II fué popular, muy popular en el pueblo español que creó en el Santo Oficio y armó la Armada Invencible—invencible antes de luchar—. ¿Qué más? ¿No fué acaso en algún tiempo popular o ídolo del pueblo aquel abyecto Fernando VII, el Deseado—el deseado!!!—el servil cortesano de Napoleón, el más vil de los Borbones, el bisabuelo de nuestro actual soberano? En cambio, este nuestro soberano de hoy parece tener muy poco, si es que algo tiene,—espiritualmente, se entiende—, de Borbón. Es mucho más un Austria, un Habsburgo. Y un Habsburgo-Lorena.

La consigna en esta España oficial habsburgiana es resistir. ¿Resistir a qué? ¿Qué es lo que teme?

Hubo tiempo, no hace de ello muchos años, en que también aquí se soñó en un Imperio Ibérico, con Portugal y Marruecos, y no sabemos si aun se llegaba al insano delirio de que volviera a este Imperio alguno de aquellos pueblos ultramarinos a que libertó la gran Democracia americana, la de Washington y Lincoln y Wilson.

¡Hay que resistir! Y ver si pasa esta tormenta y vuelven tiempos de arreglo, de eso que los trogloditas y conservadores llaman orden, y se corrobora y asienta la ramplonería vecinal, más espesa que la arcilla de hacer ladrillos, que es nuestra tradición, y entonces podamos reanudar nuestra vida de opereta vienesa, de deporte y de negocios. ¡Qué falta hace que se acabe esta molesta guerra—porque es molesta—y vuelva a rodar la bola! Sí, ¡que ruede la bola, y hagan juego, caballeros! Los caballeros echan muy de menos sus caballitos y sus caballos de carrera. Eso de la guerra no es más que ganas de molestar. ¡Tan bien como nos iba con nuestros caballitos! ¡Tan divertidos que vivíamos!

¡Hay que resistir! Y Maese Pedro, el Gitano, el que hace bailar al oso Maura al son de su pandero demagógico, para nada se acuerda de las neutralidades que matan. El problema se reduce en dar unos cuantos altos cargos a otros tantos revolucionarios. Para el ducho Maese Pedro un revolucionario es uno que busca mangonear. Tantos veces ha tenido razón en estol... ¡Y él es muy liberal! ¡Liberalísimo! Con lo ajeno, por supuesto.

Pero acaso esta vez se equivoca el astuto consejero secreto, el galeote de un régimen que se derrumba. La Democracia que libertó a Cuba y a Filipinas puede llegar a libertar a España, quíralo ésta o no. Acaso está sonando la hora de los Habsburgos.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Prohibida la reproducción sin citar la procedencia.)



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CRÉDITOS USALES